

deó, y sacándome la lengua, simuló con la boca un ruido indecente, y me dijo:

—Mire, mi alma, guarde su frijolera, porque no hace pum, y váyase, porque si no lecho agua caliente, como á los miches.

—Y cantaba:

No me mates, no me mates,
Con pistola, etc. . . .

Por poco lloro de desesperación. Corrí por el jardín, busqué piedras, no había; salí fuera, traje varias y ya el otro se había *sumido* como el cura del sermón en la plaza, al cual el aire le llevó los papeles.

Reflexioné que lo mejor era retirarme, pues sólo servía mi rabia y desesperación para divertir aquella gente de los apretados infiernos. El joto me gritó sin asomarse:

—Oye, chulo, ojos de sempasúchil, ponte las botas que hasta acá jiede á perro muerto y apestas la casa. ¡Cuidate de los zopilotes! . . . Entonces caí en cuenta que estaba descalzo y fuí por mis botas; me senté en unas macetas, les saqué la tierra que les echaron y me las puse. Lentamente me retiraba agobiado, hecho un pingo, como ves, y al estar soltando mi infeliz caballo que dormitaba, salió otra vez el joto por la azotea y me gritó:

—¡Adios, tú! Bebes unas hojitas en tu casa pa la muina. Besitos á las niñas y á la señora. . . .

Me hice sordo. Al poner el pie en el estribo, me pareció que la silla estaba floja, y ¡oh prodigio! mal me había sentado, cuando el infeliz matalote de mi caballejo se suelta reparando con tal ímpetu y tan tupido, que por más luchas que hice, fuí al suelo de cabeza. El cincho estaba casi suelto del contralátigo. El condenado *joto* bailaba en la azotea como un mono, riendo y gritándome:

—¡Agárrese, mi alma! ¡Agárrese, chulo de mi alma! María

Santísima, y ¡qué sastrel Ay, tú! ¿No te quebrates los güesos, mialma? ja. . . ja . . . ja . . . ¡Probe roto!

Aplausos y carcajadas le hacían coro. ¡Eran ellas!

El pobre de mi caballejo, apenas me tiró, quedóse quieto á pesar de tener la silla por las costillas. Fuí á él, y al componérsela, ví que entre los sudaderos le habían puesto cuatro piedras. ¡Reparara el santo Job! Al registrar las cantinas para ver si unos niveles de mano y un tránsito de bolsillo que traía, se habían caído ó roto, me encontré ¡un tiro de pistola! La cargué disimuladamente, y como el joto seguía bailando y gritándome estupideces, me volví rápidamente é hice fuego. Por mi precipitación y nerviosidad erré el tiro. La bala dió en el pretil, haciendo saltar pedazos de mezcla y ladrillo. El joto se dejó caer como un muerto, de hocico, y ya nadie apareció. Siquiera hice mi retirada en silencio. . .

II

Yo me reía á lágrima viva, según me contaba Luis su aventura. El, malditas las ganas que tenía de hacerlo; antes al contrario, con su misma relación y con sus palabras, se ponía más y más colérico. Quería vengarse de cualquiera manera, con dinamita, con petróleo, incendiando, matando, con toda su gente, todos armados; la invasión de los bárbaros. . . Trabajo me costó contenerlo. Hasta le ordené seriamente no saliera.

—Bien, sí; ¡tú, muerto de risa! ¿Y si te hubiera pasado esto á tí? . . .

—¿Y la gente?—le pregunté.

—Ah, yo que sé. Los tendrían encerrados á todos. Ahí se duele, ¿verdad? pero, yo ¡que reviente! . . .

CAPITULO ALFONCINA

—Cálmate, hombre, cálmate. Ya veremos cómo te vengas de esas viejas.

—Sí, eso quiero.—Vamos, vamos todos. ¿No ves que es un insulto á todos, á la Compañía? ... á ...?

Cuando hablábamos de esto, se presentó uno de los peones de Luis.

—¿Qué traes?—le preguntó éste vivamente.

—Pos dice Don Melquiades, que le pregunte asté si la gente sigue trabajando ó se viene.

—¿Y el mayordomo de El Olivo, el de la orden del Alcalde?

—Pos á poco de estar usted en la casa grande, volvió y nos dijo que podíamos seguir trabajando, que su mercé ya lo había arreglado todo y que se quedaba á un baile ...

—¡Redió! Por ... ¿Ya la ves? Sólo se han querido divertir conmigo.

—Ve á comer—le dije al peon;—te vuelves y le dices á Melquiades que siga el trabajo con toda la gente, y que Don Luis irá mañana ó pasado.

—Sigán los trazos, según están las estacas—añadió Luis.

—Está bien, patrón; muy güenas tardes les dé Dios — dijo, con el sombrero en la mano, y se fué.

Luis estaba intratable, y hasta faltó poco para que armara un escandalito en el escritorio y en los almacenes, pues Cipriano, que supo algo de lo sucedido, contó la historia á su modo, y esta historia fué aumentada de boca en boca, apareciendo Luis en ridiculísimos y bochornosos chismes.

Por fortuna para Leal, al día siguiente, de una manera intempestiva, llegaron en uno de los coches que la Negociación tenía en La Rosa, el Presidente de la Junta Directiva, Don Jorge Sberg, un alemán de magnífico carácter; el 1º y 2º vocales Don José Ruiz Robles, español, y Don Juan Rivera, mexicano. Venía con ellos el Lic. Justo Ramos, íntimo amigo nuestro, antiguo compañero en preparatorios, gran bebedor de todos los vinos inven-

tados y que era el apoderado de la Compañía, en cuyos difíciles negocios desplegó mucha actividad, inteligencia y tacto.

Apenas vió éste á Luis que saludaba muy respetuosamente á los de la Directiva, le dijo, dándole un abrazo:

—Y tú, ¿qué tienes, disentería?

—No, nada, nada; estoy bueno.

—Dile que te cuente—interrumpí;—es una historia soberbia en que andan de por medio unas viejas y un joto.

—Cuenté usted, cuente usted, le decían á un tiempo los cuatro, rodeándolo.

No hubo manera de excusarse, y lo contó todo. No es para decir la gran fiesta que le hicieron á la historia. El español maldecía á puños, riendo como un descosido, y los otros tres, sentados en una gualdrilla, se congestionaban. El abogado Ramos corrió á abrazarlo.

—Te tomaron el pelo—le gritaba.

—¡Corchos! — decía el español, —vaya usted á la hacienda, métase hasta la cocina y dele al joto una paliza, que ni Dios! ...

—No,—decía el abogado;—mándale tus madrinas á la vieja condesa y mácala de un escobazo.

Don Jorge seguía riendo grandemente, y de los ojos se le rodaban los lágrimas. Cuando pudo hablar al fin, dijo, con su calma acostumbrada:

—No hay que pensar en venganzas violentas, que quizá fueran de graves consecuencias. Se le debe pagar con la misma moneda. Esta señora Doña Gertrudis Morón, viuda de Lara y Sancho de Tagle, es una mujer original que no piensa en otra cosa desde hace veinte y tantos años, sino en que es condesa del Puente y marquesa del Pinar, pues esos eran los títulos del difunto su marido, por ciertos reales y de buena cepa; pero que son letra muerta acá. Ella es hija de un rico industrial y minero afortunado de la Capital, y casó con el conde — marqués que vino de España bastante pobre, seducido por la belleza y abundantes dineros de

la joven. Porque fué hermosa y mucho. Algunas de sus hijas, que usted vió, son brillantes muestras de lo que fué la madre en pasados tiempos. Pero tanto se le subió el título ó títulos á la cabeza con varios años que vivió en Europa, que á su regreso se ha vuelto insoportable, y en la misma Capital pocos la tratan. ¡Ay del infeliz que le dice solamente Señora! Ya puede alzar las manos al cielo. No es usted la única víctima, joven ingeniero, pero sí tal vez el más adolorido.

Y volvía á reír grandemente el viejo prusiano.

—Por supuesto — continuaba — que esto no se debe quedar así; y nosotros, ingeniero, le ayudaremos á tomar la revancha, pues á todos nos ha molestado, y mucho, con sus necedades. Verán ustedes. Tengo una idea y voy á madurarla.

En la noche, á la hora de la cena, volvió la misma historia á ser el asunto predilecto de nuestra conversación.

—He pensado ya, — dijo Don Jorge, — cuál es la manera de que esa señora pague una de las muchas que debe. Yo pongo los medios, doy la idea y á ustedes toca hacer la cosa lo mejor posible. Por supuesto, sin extralimitarse. Como ustedes saben, — continuó después de una pausa, — á esta buena señora se le están debiendo unos seis mil y pico de pesos, por terrenos, madera, etc. . . . y aunque ya se le ha entregado algo, frecuentemente está pidiendo el resto, que es de cinco mil y pico de pesos. Debo advertir á ustedes, que á pesar de tanto aparato y ruido, no anda muy bien de fondos, pues como mujer, todos los negocios que tiene, por buenos que sean, los hace malos. Pensábamos pagarle en estos días, pues ya va á recoger el Lic. Ramos los documentos últimos en el Juzgado civil; pero será bueno entretenerla un poco más, luego discutirle la cuenta para exasperarla, y por último, obligarla á que venga ella misma aquí á liquidar.

Procuraremos que no le valga ninguna excusa, diciéndole que debe firmar en uno de los libros de la Negociación como requisi-

to *sine qua non*, el cual libro no puede salir de aquí; y como necesita mucho su dinero, vendrá. Hay que esperar también que se vaya el Lic. Castillo Contreras, lo cual será pronto, porque tiene que estar en México á la apertura de Cámaras. Es el consejero, y no estando en la hacienda, las viejas se van de bruces.

—¡Magnífico!—gritó Luis sin miramientos.—¡Magnífico! . . . Yo le hago la fiesta.

—Eso es,—contestó Don Jorge,—le hacen una escandalosa y chillona recepción, bastante cómica para que la comprenda y nada más. Invitan gente del pueblo de San José, donde no la quieren.

—¿Y si trae todo su ejército de rancheros—dije yo—y éstos provocan á nuestros barreteros?

—Bah—observó el abogado—si trae su gente, que debe traerla, evitas el choque con barbacoas, mezcal y colonche. Además, es buen golpe emborracharle toda esa peluza. A la vuelta son capaces de insubordinarse.

—¡Magnífico! ¡Magnífico!—gritaba Luis. El pobre muchacho estaba loco de contento.

—Ahora sólo se necesita—dijo Don Jorge—mucha paciencia y que no se sepa nada, ni una palabra, pues todo se pierde. Sólo siento no poder estar aquí; y además, no sería propio. Con ustedes, el asunto no pasa de una muchachada.

—Pero yo vendré, ¡corchos!—exclamó el vehemente español.

—Pero si usted es viejo.

—Eso no le hace, ¡corchos! Yo enamoro á la vieja. — Sería curioso, corchos, que volviera á mi pueblo hecho un príncipe. Me valga . . . etc.

—Seremos sus hijos . . . postizos—dijo el abogado.

—Me suscribo—añadí.

—¡Ni dadas!—gruñó Luis.

—Todavía rezongas por la herida.

—Lo dicho, corchos. Ya me se metió en la cabeza y vengo. ¿Para cuándo será eso?

—El tiempo dirá— contestó Don Jorge sonriéndose y encendiendo un gran puro. Sereno y tranquilo, cómodamente sentado á la cabecera de la mesa; ojos azules, francos y bondadosos; calvo y con una hermosa barba blonda, infundía carino y respeto.

Luis lo contemplaba en silencio. Don Jorge quería á Luis con predilección, y á veces le hablaba como si fuera su hijo. Cuando murió el padre de Luis, siendo éste estudiante, el alemán señaló una mensualidad á su anciana madre y hermanitas pequeñas, y pagó el internado y gastos de Luis hasta que terminó su carrera.

—Señor—dijo Luis levantándose—no voy á arrancarme con un brándis; pero pido á usted, delante de todos, un favor.

—Concedido, si puedo.

—Sí puede usted.

—¿Qué quieres?—dijole sonriéndose y hablándole de tú, según tenía costumbre cuando estaba plenamente satisfecho.

—Un abrazo.

—Venga el abrazo—dijo el honorable viejo, levantándose y estrechando al ingeniero. Ambos tenían los ojos húmedos.

Aplaudimos entusiasmados.

—Estás pagado y con creces — dijole el abogado á Luis.— ¿Qué más quieres?

—Nada, nada más . . .

El gachupín salió de *estampía*. Ya fuera, le decía al primero que encontró:

—¡Corchos! A mí no me gusta éso porque me atraganto. . . ¡Corchos!

III

Después de tres semanas, ya casi ni me acordaba del *asunto de las viejas ó la venganza de un ingeniero*, como le llamó campanudamente el tenedor de libros Don Patricio, devotísimo lector de novelones de brocha gorda. Vinieron en esos días acumulándose de tal manera los sucesos, que no había ni tiempo para distraerse con charlas desocupadas, pues cada día aumentaban más y más las atenciones y cuidados de una gran instalación y de un negocio desarrollado ampliamente en poco tiempo. Luis, que había terminado el camino, donde quedaban sólo unos cuantos peones en trabajos pequeños, y ya toda la maquinaria en las minas y patios, ocúpase en levantar el plano general, detallándolo, y hacía la medición de unas cuantas hectáreas y dos demasías que se habían denunciado últimamente como ampliaciones necesarias.

Además, la tenebrosa amiga de los mineros, nos hizo dos visitas consecutivas, que pusieron en mal estado los ánimos de todos. En el Tiro de El Refugio, uno de los *contras* que componía una de las poleas, pues el cable había saltado fuera de ella, perdió pisada, no pudo detenerse y cayó en el *claro*, con tan mala suerte, que fué botando de tabla en tabla los 186 metros que el Tiro tenía de profundidad, y rompiendo las *gazas* de una *manta* que subía llena de tepetates, en compañía de todo esto, hizo *torta* á dos de los *manteros* que en el fondo estaban, dejando al tercero en tan mal estado, que antes de sacarlo, murió. Ninguno de aquellos infelices que tres horas antes entraban llenos de vida, volvió á ver la luz del sol. Tanto el que cayó de arriba, 191 metros (1), como los que abajo estaban, quedaron completamente

(1) 186 metros del Tiro, más 5 del Castillo = 191 metros.

destrozados, siendo difícil reconocerlos á sus mismos deudos. El primero era una masa informe con trozos de género hecho tiras, y los otros, que no tenían más vestido que unos *patíos ó cotenses*, fueron despedazados por las piedras, casi por completo. El espectáculo fué tremendo, aun para los mineros más viejos y avezados, como por ejemplo, el *cajonero* Camilo Rosas, que fué testigo de la hecatombe del Tiro de Lete, de la mina de San Rafael en Zacatecas.

Esa tarde fué negra, fúnebre y tristísima, como si hubiéramos presenciado una ejecución en masa, aumentando el pavor con el doloroso y desesperado lamentarse á gritos de las mujeres, hijos, hermanos y padres de los muertos.

En una galera de lámina que servía de carpintería, improvisóse violentamente la capilla ardiente, y los que en la mañana eran hombres fueron puestos en haces informes, casi en montoncitos sanguinolentos, con sus grandes velas de cera que formaban cuadros cintilantes. A la salida del *pueblo*, es decir, de toda la gente que trabaja dentro de las minas y que era bastante, pues se ocupaban más de cuatrocientos entre hombres y muchachos, todos los cuales salen al Ave María, regularmente á las 3 p. m., era de verse cómo llegaban lentamente, mojados, tristes, pálidos, con las frentes sudorosas y los pies blancos de estar en el agua varias horas, é irse arrodillando, para rezarles á los que fueron sus compañeros, amigos ó parientes, y ahora no eran sino trozos de carne con huesos hechos astillas.

Unos se quedaban pensativos con la oración en la boca, repetida instintivamente; otros veían aquello con ojos dilatados, calenturientos, de visionarios, y algunos se soltaban llorando en compañía de las mujeres y niños; pero con tal dolor resignado y tan extremosos lamentos, que herían íntimamente y hasta sentíase un peso enorme dentro del pecho y un desaliento tan grande que abrumaba.

Esa misma noche, en el piso de la Asunción, un barreno de

dinamita, por imprudencia de los que lo cargaban, detonó estando inmediatos muchos, dejó muertos á varios y á otros muy heridos.

Eran las 11 p. m.—Había mandado poner mi cama en un saloncito de duelas americanas que nos servía de gabinete de dibujo, para estar lejos y poder conciliar el sueño. Acostado ya, en vano trataba de dormir, pues el tristísimo y monótono lamento de los que lloraban junto á los muertos en el abandono de la noche, llegaba hasta mi escondrijo á pesar del ruido de la compresora y del resoplar de los motores de bombas y malacates.

Aquellas infelices gentes no se fatigaban de llorar á gritos y recordaba lo que á propósito dice un famoso psicólogo criminalista, de que la gente es extremosa en sus manifestaciones de dolor, en razón inversa de su cultura y educación.

De pronto, afuera, junto á las calderas, una precipitada carrera, luego el ruido de los huaraches en la escalerita de madera, y una voz conocida, pero alterada, que me dijo, tocando violentamente:

—¡Señor, señor!

Era Cosmito, un muchacho de catorce años, raquítico, picado de viruelas, muy inteligente, perfecto conocedor de toda la mina y que era mi *zorra ó morrongo*, es decir, el que me acompañaba siempre dentro de la mina, por todas partes, llevando la luz.

—¿Qué quieres?

—Señor, en la Asunción un barreno mató á muchos. . . .

Me levanté y salí. El patio á obscuras sólo era visible en los pequeños tramos donde las linternas de los veladores extendían su poca luz, y al cruzar por enfrente de la galera donde estaban los deshechos restos de los primeros muertos, ví que, á pesar de la vigilancia, algunos barreteros se habían emborrachado; otros dormían al pie de la mesa, cubiertos completamente con sus *cobijas*; algunas mujeres seguían llorando lenta y acompasadamente, y una de ellas, la madre del *contra*, el que cayó de arri-

ba (¡nunca lo olvidaré!), de rodillas junto á la mesa y ambos brazos extendidos sobre la tabla, reunía, palpaba y acariciaba, besándolos, todos aquellos miembros que formaron su hijo. Tenía la barba, labios, narices y frente ensangrentados. Sus lágrimas me parecieron rojas también. Y gritaba con desesperación y dolor infinitos:

—¡Hijo! ¡Hijo mío, único de mis entrañas! ¡Hijo de mi alma! . . . Cosme, el *zorra*, se echó el sombrero sobre los ojos, inclinó un poco la cabeza, espabiló, *dió caldo* á la mecha y entramos por el socavón para el Tiro interior de El Refugio. El muchacho, muy pálido, iba llorando, y yo también sentí húmedos los ojos.

El humo de la dinamita ya empezaba á salir, formando un resplandor como de neblina á la luz.

—¿Ya pegaron todos los barrenos? — le pregunté, poco rato después.

—No, señor. Es el jumo del barreno que mató la gente.

—Es mucho humo para uno solo.

—Esos pastores lo retacaron hasta la boca.

—¿Y Cipriano?

—Le agarró cerca, pero no l'hizo nada. No más está atontao.

Comprendí luego la causa de la desgracia por la palabra *pastores* y por el tono de ira y desprecio del muchacho. Aquellos á quienes los barreteros y peones llamaban pastores, eran pobres trabajadores de las haciendas que se habían hecho mineros en poco tiempo por ganar buen salario, y los cuales en su duro y difícil noviciado, sufrían mucho por torpeza, miedo, falta de conocimientos y práctica. Además, todos los barreteros, buscones y peones de vieja alcurnia, los molestaban frecuentemente bautizándolos, dejándolos á obscuras y haciéndoles otras muchas maldades por diversión perversa y estúpida. Era en vano castigarlos, borrarlos, multarlos y ponerles *pueblos de hueso* (de noche), pues no les faltaba manera y oportunidad de hacerles algo cada día.

Esa noche, los pastores, por su torpeza é ignorancia, habían originado aquella desgracia, siendo ellos las primeras víctimas.

Al llegar al Tiro interior, vimos que dos iban á bajar en las hondas y Cosme les gritó que esperaran. Eran Luis y el Palero Mayor Juan Montoya. Puso el cajonero, haciéndolos bajar un poco, dos hondas más arriba y bajamos los cuatro. Luis iba tan nervioso que todos sentíamos el temblar de su cuerpo.

—¿Tienes miedo, Luis? — le pregunté.

—No sé. Creo que sí: esto es demasiado.

—Es la bonanza que viene ya, señor Don Luis — dijo el palero con mucha flema y convicción.

—¡Oh, la bonanza! ¡Vaya una idea! Demasiado duro es este trabajo para que necesite sangrel ¡Es acaso un holocausto necesario? . . . ¡La bonanza! . . . no . . . no. — Y seguía hablando como un dormido.

De pronto se estremeció y le gritó iracundo á Cosme, que iba junto de mí:

—Haz tu mecha á un lado, c. . . . que me vienes quemando las manos con las gotas ardiendo.

En la *ventanilla ó despacho* nos esperaban un minero de cuarto y algunos barreteros y peones. Sentados en los talones, en *cuchillas*, á uno y á otro lado del crucero, la mayor parte desnudos, estaban á obscuras, fumando, silenciosos.

A la luz de la mecha, que apenas los iluminó, ví sus ojos brillantes y sus blancos dientes. Los oscuros cuerpos se perdían en el fondo de las negras pizarras.

Desde ahí empezamos á oír algunos gritos; pero al llegar al lugar del suceso y ver todo aquello, sentí la boca salada y un ligero vértigo me hizo vacilar, apoyándome en la *horquilla* de un *cuadro*.

El agua que había en el piso, como diez centímetros de alto, estaba roja. Los muertos eran tres, seis gravemente heridos y más de diez, heridos también, pero de menos importancia. Ci-

priano, el Minero Mayor, estaba sentado en una piedra y parecía un idiota. Lo tenían bien cubierto con cobijas y dos barreteros lo cuidaban. Sólo viendo un cuadro semejante se puede tener idea exacta de él. La dinamita en roeas compactas y muy duras como era aquella, hace efectos horripilantes, incomprensibles. Pisábamos sobre miembros completamente desprendidos y aun palpitantes; dedos, entrañas, trozos de cuero cabelludo sobrenadaban en la roja agua; las paredes ó tablas estaban salpicadas de sangre y masas cerebrales; en la viga de un *tarango*, astillada, había, con partículas de roca, un trozo de género con carne amarillenta y tendones colgantes; un sombrero de petate, medio deshecho, tenía algo que no pude conocer lo que era, pero me pareció como un ojo reventado con parte de la cara. De los muertos, uno de ellos, quizá el que estaba á la salida del barreno, tenía completamente desprendidos los brazos, la cabeza, rotas las piernas, desgarrado el vientre y abierto el estómago hasta las costillas. Nadie hablaba, si no éramos Montoya y yo, dando órdenes. Los quejidos de los moribundos y las blasfemias desesperadas de los heridos que maldecían á los desventurados *pastores* ya muertos, acompañaban el ruido de los que andábamos entre el agua, y el acompasado golpear de las bombas que hacían el desagüe en el pozo camino ó de guta.

Empezamos por sacar con todo cuidado á los heridos, y á las tres de la mañana, cuando subía una manta con los últimos pedazos, hacinados en montón, dieron El Ave María, y empezó á salir el *pueblo* por el Tiro General y por el camino. Cantaban *alabanzas*, y esa plegaria en coro general, triste, dolorosa, amarga, y que más parece un lamento de esclavos martirizados, era interrumpida á veces por las fuertes explosiones de innumerables barrenos que en aquel momento detonaban en diversos lugares de la mina. Es decir, no se interrumpían ellos, dejando de cantar, pero la onda sonora, el aire encañonado y el retemblor de las galerías, parece que cortaba el coro. Ellos seguían cantando, sin

cuidarse de aquel estruendo, ora próximo y ensordecedor, ora lejano y seco, y sólo pensaban en los *dijuntos* y en los heridos y en que la bonanza estaba próxima.

Amanecía un día espléndido. El frío era insoportable, pues el termómetro señalaba -6° y un vientecillo de la Sierra helaba hasta los huesos.

Contra reglamento, la entrada al patio era libre; mucha gente se había arrimado á las calderas, y en diversos lugares grandes fogotas eran rodeadas por infinidad de hombres, mujeres y niños. Por todas partes se oía llorar.

Ese día fué tristísimo. Sólo entró á las 6 a. m. la gente encargada del desagüe para relevar á los que dentro estaban.

Los destajeros, paradas de obra, peones, buscones, quebradores, etc., no trabajaban por ser el entierro de los muertos y como día de luto.

El Médico de la Negociación, que estaba en San José, fué llamado por teléfono, y trabajó toda la noche, ayudado por dos dependientes del escritorio, uno de los almacenes donde se improvisó el hospital y varias señoras y señoritas, esposas é hijas de los empleados.

El juez llegó á las 11 a. m. con su secretario y testigos de asistencia.

Después fueron llegando otras personas del mencionado pueblo, con caras estúpidas de terror y curiosidad, así como el administrador de la hacienda de Río Grande, francote y buen amigo nuestro cuando los dueños no estaban en la finca, y muchas otras gentes que no recuerdo.

El entierro se hizo á las 2 p. m., pues ya empezaban á descomponerse todos aquellos trozos de carne humana. Fué una larga y lenta procesión con cantos monótonos y plañideros, cohetes, espoletas de dinamita y llanto á gritos. Apenas podía yo tenerme en pie, pues más que el cuerpo tenía cansadísimo el espíritu.

Luis regresó conmigo, del brazo y en silencio. Antes de entrar á mi cuarto, ví allá lejos los que iban saliendo del campo-santo, y como nota perdida en una ráfaga de viento, un lamento agudo, ondulante después, como extinguiéndose en la seca garganta de la pobre madre que besaba los pedazos ensangrentados de su hijo, ya cubiertos por la siempre fecunda tierra, el vientre de continua y eterna gestación.

IV

A los dos días, el trabajo era uniforme y todo marchaba perfectamente, estando cada cual en su lugar.

Sin embargo, la impresión de espanto quedaba aún en el fondo de las pupilas, y la gente hablaba de las almas de los muertos, que dentro de la mina lloraban pidiendo agua y luz, mucha luz. Los ruidos se multiplicaron, al parecer, y ese fenómeno acústico tan frecuente en las minas grandes, puso azorados á los más valientes, trayendo á todos la firme convicción de que la bonanza estaba próxima.

Tanto se habló de ésta y se dijo por aquellos lugares, que á los diez ó doce días, el Sr. Sberg en una carta me preguntaba, con algo de extrañeza, qué había de cierto en lo de la bonanza; y que si en los últimos días se había alcanzado algo bueno, pues mucho se hablaba en ese sentido en la capital del Estado y las acciones habían subido de 30 á $33\frac{1}{4}$ efectivos y $34\frac{1}{2}$ nominales. Contestéle que todo estaba igual, los trabajos principales en obra muerta ya próximos á cortar la veta en dos partes distintas, así como la veta del alto en el cruceo Norte; y que si algo nuevo hubiese, nadie mejor que él debía saberlo primero.

El Juez molestó varios días con declaraciones, careos, actas,

diligencias, etc.; pero ni él, ni el secretario, ni los testigos bajaron al Tiro del Refugio, ni mucho menos al piso de la Asunción, lugares donde habían muerto los mineros. En cambio, comían y bebían de una manera asombrosa.

Luis, que como buen histérico-linfático, tenía cambios y crisis notables, pasó esos días sumido en una continua meditación, y era de ver al pobre muchacho en los ratos desocupados que tenía, ir al *hospital de sangre*, como le llamaba el viejo don Patricio, cuidar á los enfermos, animarlos, darles consejos, ayudar al doctor Ramírez, y después quedarse las horas muertas, en cualquier lugar, meditabundo y triste.

—Estás en tus días de filósofo remojado, melcochudo y triston, —díjeme una tarde, al obscurecer, que lo encontré en el patio, sentado sobre una caja de baterías. Lo buscaba hacía rato y trataba de sacudirle aquella pesada tristeza, dándole una noticia inesperada,

—Qué quieres, hermano, no puedo olvidar á aquellos infelices. ¡Pobres! Estos que están ahí en el almacén me entristecen, pues varios van á quedar inútiles para el trabajo y pedirán limosna. ¡Mutilados!

Me duele mucho ver á las familias de los muertos; pero, sobre todo, la madre del *contra* Herrera me desespera. ¡Pobres gentes, pobres gentes!

¡Qué difícil es ganarse la vida con este perro oficio! Juega uno con su pellejo todos los días, para no dejar nada á su familia el mejor día. Cuando menos se espera, una piedra, un palo, una mala pisada, ó un barreno lo dejan á uno seco.

—Te diré: aquí estamos mejor que en otras partes. El señor Sberg, en carta que recibí hoy en la mañana, me ordena que se les dé semanariamente á los heridos, así como á los huérfanos y deudos de los muertos, la raya íntegra que éstos ganaban, mientras se vea que la necesiten para vivir.

—¡Don Jorge es una honorable y magnífica personal